

VI.

Habian apénas pasado algunos meses desde la elevacion al trono de Doña Urraca, quando empezaron á correr sordos y alarmantes rumores: se decia que el rey de Aragon hacia grandes preparativos de guerra para ir á arrojar del trono á Doña Urraca y á apoderarse de sus Estados.

Ni la reina ni los grandes hicieron, por el pronto, gran caso de estas voces, suponiendo que eran vanas suposiciones de mal intencionados; pero de tal suerte se repitieron, que Doña Urraca creyó lo más prudente enviar una persona de su confianza, para averiguar la verdad.

Uno de los tres hermanos Ansurez fué el designado, y marchó á Aragon con todo el sigilo posible, fiando la reina enteramente en su prudencia y fidelidad.

Su tardanza en volver fué muy corta; la reina, queriendo dar una prueba de su aprecio á los Grandes del reino, los convocó á consejo, y recibió delan-

te de ellos á su mensajero, que llegó lleno de sudor y de polvo.

—Señora, dijo, ántes de todo, he de rogar á vuestra grandeza que me perdone el estado en que me presento á sus augustos ojos; pero las nuevas que traigo son de tal importancia, que hubiera deseado tener alas para llegar más pronto aquí.

—Hablad, respondió Doña Urraca; cuando el interés de mis reinos pelagra, en nada reparo. ¿Lo creéis vos comprometido?

—Sí, señora.

—¿Son verdaderos los rumores que corren acerca del rey de Aragon?

—Desgraciadamente, no pueden serlo más. Don Alfonso el Batallador se prepara para venir sobre vuestros reinos.

—¡Cómo! ¿Osará...?

—Poco tardaremos en verlo talar y destrozár nuestras campiñas y nuestras ciudades, que anhela poseer, y que destruirá si no puede conseguirlo. Está armando un ejército formidable; me he informado bien; he recorrido todos los cuarteles de la ciudad, he oído, he expiado, y no me queda duda de lo que afirmo á mi reina y señora.

—Bien está, dijo Doña Urraca, cuyo espíritu poco varonil y acongojado ya con largas y silenciosas penas, se contristó profundamente al oír aquellas nuevas. Tomad asiento entre mi consejo, Ansurez, y vea-

mos lo que se decide para contener ese torrente asolador.

Un triste silencio siguió á las palabras de la reina, que hacia grandes esfuerzos para conservar la apariencia de la serenidad.

—¡Y qué, señores! exclamó Doña Urraca, ¿nada me aconsejais?

—Nada sabemos que aconsejaros, señora, dijo Ansurez; en todos vuestros reinos, no hay soldados bastantes para oponer dique á ese rey feroz.

—Es, añadió un obispo, el guerrero más hábil y valeroso que se ha conocido en nuestros tiempos.

—No es esto lo que le hace tan temible, observó otro. Más espantan su ambicion, su crueldad y su carácter verdaderamente agreste.

—¿Y es así, dijo dolorosamente la reina, como cumplís con el sagrado encargo de vuestro rey moribundo? ¿Es así como velais por mí, por los Estados que él dejó ricos, pacíficos y florecientes? ¡Y qué! ¿Porque me ve sobre el trono, débil mujer, y quiere usurpármelo, le dejareis, atemorizados con su fiereza y crueldad? ¿Dónde están los guerreros que Alfonso VI llevó á combatir contra los moros? ¿Dónde están los esforzados campeones que arrojaban sobre la arena las banderas morunas y las hacian servir de alfombra á sus caballos?

Doña Urraca se había levantado, y hablaba llena de enojo; su rostro animado, sus ojos brillantes, le

prestaban la radiante belleza de otros días, que habían amortiguado en ella las penas de su corazón; los nobles, confusos, bajaron la cabeza, y por el pronto nadie respondió una palabra al vehemente razonamiento de la reina.

—Señora, dijo el anciano D. Pedro Ansurez; yo pudiera proponeros un medio, pero es sobradamente duro.

—Decid, respondió la reina; por duro que sea, fuerza será aceptarlo, pues no he de dejarme despojar de los Estados de mi padre.

—Pues bien, señora; D. Alfonso no ha tenido nunca esposa, y vos podríais serlo suya.

El horror se pintó en el rostro de Doña Urraca; desapareció el animado carmin de sus mejillas, y las cubrió una palidez mortal.

—¡Yo! exclamó, ¡yo casarme con esa fiera coronada! ¿Qué osáis proponerme, Ansurez?

—Ya lo he dicho, señora; es el único medio que, á mi parecer, existe para salvar el reino, y quizá vuestra vida y la de los infantes vuestros hijos.

—¡Y qué! Donde hay guerreros esforzados, ¿es preciso que se sacrifique una mujer, madre y reina? exclamó dolorosamente Doña Urraca; ¿no sentís subir á vuestras frentes el carmin de la vergüenza, próceres á quienes mi padre sacó de la nada, para subir tan alto y acercaros á su trono? ¿Es así como le defendéis? ¡Ah! ¡Si él hubiera sabido lo que valíais,

jamás os hubiera tendido su mano soberana! ¡Jamás hubiérais pasado los umbrales de su palacio!

—Señora, dijo uno de los jóvenes Condes, vuestras palabras encienden mi sangre, y quisiera reunir yo sólo el poder de mil peones, para defender los reinos que os legó Alfonso VI, nuestro rey y bienhechor; pero veo, y os lo juro por Cristo y por mi espada, que nos es imposible sostener la guerra con el rey de Aragon; nuestro ejército es nada comparado con el suyo, y vendrá sobre nosotros á sangre y fuego; haga la astucia lo que no puede hacer la fuerza; casáos con él, y yo, por mi parte, os aseguro que, á pesar de ser vuestro esposo, no os arrebatará la soberanía; es preciso darle este título que le contendrá en sus furioses, y le obligará á retirarse de nuestras tierras; pero vos quedareis siempre bajo nuestra custodia.

Una sonrisa amarga entreabrió los labios de la reina.

Durante algun tiempo su pecho se vió agitado por la violencia de su resentimiento, á la manera que las olas del mar, cuando las hincha el viento de la tempestad: el dolor, la cólera, la vergüenza hervían dentro de su corazón; pero al fin pudo hacerse dueña de su emoción y dijo lentamente:

—¿Conque no hallais otro medio para salvar el reino del poder del rey de Aragon, que el que yo le dé mi mano?

—Ningun otro, señora, respondieron algunas voces; si lo conociéramos, no hubiéramos osado proponerlos ese.

—Quiero, pues, dijo Doña Urraca, obedecer á mi padre siguiendo en todo vuestro parecer, y me casaré con D. Alfonso: ¿pero debo yo misma ofrecerle mi mano?

—No, señora, repuso D. Pedro Ansurez; jamás consentiré yo, en que vuestra grandeza dé este paso: dejadme á mí el cuidado de este negocio.

Doña Urraca, sin decir una palabra, sin saludar al Consejo, bajó lentamente del estrado que ocupaba y se retiró con la cabeza inclinada y el paso lento de un condenado á muerte.

¡Pobre reina!

Su destino era sufrir siempre, y aquel reino ingrato, por el cual tan cruelmente se sacrificaba, sólo debía pagarle con calumnias durante su vida, y después de su muerte.

VII.

Aquel mismo día partieron para Aragon los Condes D. Pedro y D. Fernando Ansurez: llevaban el encargo de tratar el casamiento de la reina con el rey D. Alfonso.

No bien hubieron llegado, fueron recibidos por el monarca.

Llegaba entónces el *Batallador* á los cuarenta años, y ninguna princesa de su tiempo, ni áun una doncella de familia noble, habia tenido ánimo bastante para casarse con él: verdad es que él tampoco lo habia solicitado y que se hallaba muy bien en su rústica libertad, y ocupándose sólo en verter sangre, ya en la guerra, ya en su reino, en el que imponia los castigos más crueles por el más leve desman.

Su estatura no era elevada, pero sí robusta y fornida: su cutis, moreno y curtido por la intemperie, á la que de continuo le sujetaba su vida nómada y feroz: tenia los ojos pequeños, verdosos y de mirada perversa, desapareciendo muchas veces bajo sus grandes, carnosas y pobladas cejas; sobre su frente

estrecha, caía su áspera cabellera roja; su nariz corta y ancha, su boca grande y la cerdosa barba que cubría casi por completo aquel rostro salvaje, le daban un aspecto temible y duro, sobre toda ponderación.

Recibió á los dos Condes sentado bajo un dosel y vestido de guerra; sobre la armadura llevaba un manto azul de lana recamado de una greca de seda, descolorida por el tiempo; llevaba en la cabeza la corona de agudos picos, con que se le vé en todos sus retratos, y en la mano el cetro de oro que apoyaba en la rodilla.

—¿Qué queréis? preguntó á los dos hermanos que se inclinaban profundamente delante de él.

—Señor, dijo D. Pedro, que era un anciano de cana cabellera; han llegado hasta nuestras tierras rumores de guerra y deseamos saber si realmente queréis llevar hasta allí, vuestras armas vencedoras.

—¡Brava pregunta, por vida mía! exclamó el feroz guerrero con una brutal sonrisa: ¿y es acaso vuestra reina la que os envía á que me la hagáis?

—No, señor, respondió D. Fernando con entereza; somos nosotros los que venimos á saberla de vuestra real boca.

—No sería extraño que Doña Urraca, como mujer flaca y curiosa, lo quisiera saber: en tal caso—y lo mismo si lo venís á preguntar por vuestra propia cuenta—habéis de saber que pienso tardar muy poco en estar en vuestros reinos.

—¿Lo deseáis, señor?

—¿Hago yo nada que no quiera hacer? ¿Dejo de hacer algo que desee?

—Hay otro medio, pues, por el cual podeis entrar en nuestros reinos, ahorrando sangre y horrores.

—Y ¿qué me importa á mí la sangre? ¿Pensais que los combates me arredran, cuando me llaman el *Batallador*?

—Bien sabemos que no: mas ¿para qué tomarse el trabajo de conquistar lo que se os ofrece?

—Y qué, traidores, exclamó D. Alfonso levantándose con ímpetu, ¿venís á ofrecerme la libre entrada en los reinos de Doña Urraca? ¿Así la servís?

—Señor, dijo D. Pedro Ansurez con serenidad; nosotros, léjos de venir á vender á nuestra reina, acudimos á vos para evitarle dolores é inquietudes: ¿para qué necesitais afligirla si podeis hacer vuestro todo lo que posee? Casaos con ella, y, siendo su esposo, sois el dueño legítimo de sus reinos.

—No habia pensado en tal cosa, dijo el *Batallador*; pero, ¿cómo he de ser el dueño de sus reinos, si ella tiene un hijo heredero de sus Estados?

—Ese hijo, segun la disposicion testamentaria de su abuelo, es sólo heredero de la Corona de Galicia.

—Está bien, repuso D. Alfonso que parecia reflexionar, proponedle á la reina que sea mi esposa, y si acepta, avisadme al instante; pero añadidle que si

rehusa, entraré muy pronto en sus reinos á sangre y fuego.

De esta suerte terminó la delicada mision de los hermanos Ansurez: el corazon de los nobles caballeros, iba prensado de horror, al pensar en las maos que tenian que poner el destino de la pobre reina; pero nada habia de más cierto que lo que le habian asegurado: imposible era contener de otro modo al rey de Aragon, cuyo carácter sanguinario y ferocidad eran conocidos, y universalmente temidos.

Hallaron á la reina en su castillo de Auñon: la desgraciada Doña Urraca habia hecho grandes esfuerzos para olvidar la posibilidad de aquel fatal casamiento; refugiada en la oracion, apenas salia de su oratorio, y el tiempo que no pasaba en él no se separaba de sus hijos, temiendo que se los fueran á arrebatarse.

Cuando vió á los dos Condes, volvió á la evidencia de su desgracia; púsose en pié y los nobles la vieron temblar convulsivamente.

—¿Qué hay? preguntó con voz trémula.

—Don Alfonso pide vuestra mano, señora; contestó D. Pedro.

La reina tuvo que sentarse; luego hizo un heróico esfuerzo y dijo con voz alterada.

—¡Las bodas cuanto ántes!

—¿Y dónde se han de celebrar, señora? preguntó el Conde D. Fernando.

—Aquí, en este castillo,

—¿Aquí mismo?

—Sí.

—Pero ved que aquí no tendrán pompa alguna; el recinto es reducido.....

—Aún es demasiado bueno para ser la tumba de mi reposo y de mis esperanzas.

—¡Oh, señora, exclamó D. Pedro Ansurez arrojándose á los piés de la reina, no puedo ver vuestra desesperacion sin que mi alma se quebrante de dolor! No os caseis. ¡Perezcan todos vuestros soldados en vuestra defensa y en la de vuestros Estados, que ese es su deber! ¡Sí, perezcamos todos, ántes que veros entregada así á la desesperacion!

—Levantaos, dijo Doña Urraca, levantaos, Conde y dejad que se cumplan mi destino y la voluntad de Dios: sea yo sola la desgraciada y no mis vasallos á los que mi piadoso padre me mandó considerar como á mis hijos; me casaré con D. Alfonso; ¿qué más da que sea con ese ó con otro? Si tengo que dejar las tocas de la viudez, tanto me importa; yo no he amado más que á un sólo hombre, ya lo sabeis; éste era mi primer esposo.

—¡Tal vez, señora, volvereis á amar!

—Tal vez no.

—Pero, ¿y si sucediese? ¿Qué hareis unida á ese hombre feroz y cruel?

—Resignarme por el bien de mi reino.

—¡Pero eso es horrible! No, nosotros no podemos

consentirlo, exclamó con calor D. Fernando: señora, os hemos conocido niña; os hemos mecido en nuestros brazos y sentimos que el corazón se nos hace pedazos al pensar en que, por vuestros vasallos vais á ser desgraciada para siempre.

—¿Hay algun otro medio que no sea ese enlace para evitar la guerra?

Los dos hermanos inclinaron la frente y respondieron:

—No, señora.

—Entonces, venga el rey de Aragon; pronta estoy á ser su esposa.

De esta suerte la magnánima y desgraciada reina de Leon y Castilla echó para siempre á su cuello la pesada cadena que tanto debia hacerla sufrir; los dos nobles se retiraron y ella se preparó para el cruel sacrificio de su dicha y de su reposo.

Poco tardó en llegar el rey de Aragon; presentóse como conquistador seguido de gran número de guerreros, y con aquel alarde de fuerza militar que toda su vida le rodeó, y de que hacia tanta gala.

Doña Urraca le recibió rodeada de sus hijos y de su córte, en el salon de honor del castillo y vestida de blanco; su actitud era severa é imponente; el Batallador la saludó con torpeza y altanería, y le dijo con rudeza:

—¿Cuándo habeis dispuesto, señora, que se verifique la ceremonia de nuestro casamiento?

—Ahora mismo, respondió Doña Urraca; aquí está el obispo de Santiago para bendecirle.

—Pues vamos.

La reina se apoyó en el hombro de su hijo el infante D. Alfonso, entónces de edad de diez años; asió con la otra mano la de su hija la infanta Doña Sancha, que sólo contaba ocho, y se dirigió á la puerta del salon.

Trás ella marchaban los Condes gallegos, leoneses y castellanos, los obispos y prohombres, y toda la nobleza de los tres reinos.

Este séquito separaba al rey de Aragon de la reina de Leon y de Castilla.

El Batallador iba detrás de los nobles, y despues seguia toda su córte compuesta en su mayor parte de feroces guerreros.

En este órden pasaron á la capilla; á la puerta se detuvo la reina, tomó las manos de los pequeños infantes, y les dijo con voz alterada:

—Hijos míos, me caso con el rey de Aragon, no porque le ame, sino para cumplir la voluntad de vuestro abuelo, que me ordenó me aconsejase en todo de nuestros Condes.

—¿Y ellos, madre mia, te han mandado que te cases con el rey de Aragon? pregunto D. Alfonso fijando en el Batallador una mirada dura y recelosa.

—Si, respondió la reina; así lo han querido.

—¿Por qué razon?

—Porque D. Alfonso amenazaba con la guerra y el exterminio.

—Si yo contara más años, no sería esta razón bastante para temerle, dijo el infante; en fin, paciencia, madre, que yo creceré.

La reina, cuya prudencia fué notoria en aquella ocasión, volvió á apoyarse en su hijo y entró en la capilla.

Delante del altar mayor había almohadones de brocado para ambos esposos; se arrodillaron éstos y el obispo de Santiago los unió para siempre.

—¿Cómo no han pensado que se hallan en el tercer grado de consanguinidad? dijo uno de los nobles á sus compañeros.

—No lo sé, respondió uno de los interrogados; pero me alegro; así hay un motivo para que el Papa anule este enlace, si le va mal en él á Doña Urraca, como es de presumir.

La reina apenas pudo contener el exceso de su aflicción durante la ceremonia; los sollozos levantaban su pecho y subían alguna vez hasta sus labios; al terminarse, volvió á salir de la capilla al lado de sus hijos, y sin mirar siquiera á su esposo.

Doña Urraca entró con los infantes en su habitación, y allí los abrazó entre sollozos.

Los pobres niños, aterrorizados, lloraban también, sobre todo Doña Sancha, que era muy tímida y adoraba á su madre.

En cuanto á D. Alfonso, no cesaba de repetir:

—Yo creceré, madre, yo creceré.

La puerta, al abrirse con estrépito, les hizo guardar silencio.

Uno de los partidarios del Rey de Aragon entró, seguido de algunos soldados, y dijo al niño D. Alfonso:

—De orden del rey, señor, hacedme la merced de seguirme.

—¿A dónde? preguntó D. Alfonso con altanería.

—¿A dónde lleváis á mi hijo? repitió la reina.

—A las habitaciones que el rey, mi señor, le ha designado.

—Decid á vuestro amo, dijo Doña Urraca, que aquí mando yo, y que el infante, mi hijo, no dejará sus habitaciones situadas al lado de las mías.

El caballero no respondió una palabra y se retiró.

Poco despues los ayos de los príncipes llegaron para conducir á cada uno á su respectiva habitación, y Doña Urraca quedó sola y entregada á sus dolorosas reflexiones.

Sólo el pensar en aquel esposo, duro, feroz y que tanto tenía de terrible, la helaba de pavor; júzguese cuál sería el que experimentó al ver alzarse un tapiz de lana, que cubría una puertecilla secreta, y aparecer en ella el agreste rostro del rey de Aragon.

Este tendió en derredor suyo una mirada semejante á la de la fiera cuando entra en el redil, y busca

al pastor; al ver sola á la reina, avanzó como el lobo avanza al ver, léjos de las miserables ovejas, á los descuidados mastines.

—¿Qué es lo que buscáis aquí, señor? preguntó Doña Urraca, levantándose sorprendida y amedrentada.

—Os busco á vos, respondió D. Alfonso; ya lo podeis suponer: sois mi esposa y vengo á veros como á propiedad mia.

—¡No paseis de ahí, dijo la reina; no deis un paso más; sabed, que si os pertenezco por una cruel necesidad, mi corazón me aleja de vos; yo no os amo, no os puedo amar; ningun derecho, pues, os concedo sobre mí, porque jamás cederé al de la fuerza!

—¡Pobre mujer! exclamó el Batallador; ¿qué es lo que pensáis? ¿Qué suponeis para mí? ¿Creeis que me he casado con vos, para ser el juguete de vuestro genio melancólico y fantástico? No me alucinareis con lágrimas: sé que he entrado en la cueva de la loba, y que ésta y sus lobeznos me morderán la mano si me descuido; pero no me descuidaré.

—¿Qué quereis decir?

—Que procuraré librarme de vos; pero que vos ni vuestros lobeznos no os librareis de mí. ¡Y qué! ¿pensais que me he casado sólo para hacer vuestra voluntad y para sufrir las excentricidades de vuestro humor? No; aquí soy el amo y pronto os lo haré entender así.

—¿De qué modo?

—Obrando como quien soy.

—Obrad segun os plazca, D. Alfonso; no sé si los leoneses y castellanos se dejarán gobernar por vos; en cuanto á mi, sabed que quiero vivir lejos de vos, sola con mis hijos, á los que defenderé de vuestros furoros, á costa de mi vida.

—Lo creo así, dijo el rey con una risa espantosa; mas por lo pronto ved dónde teneis al infante, vuestro hijo.

—En su cuarto, dijo la reina que, sin embargo, se puso pálida al aseverarlo.

—Id á verlo.

Doña Urraca se precipitó desolada en la habitacion de su hijo; un instante despues, la puerta entreabierta dejó escapar un agudo grito; y á este grito se siguió la aparicion de Doña Urraca que, pálida y desmelenada, volvió al aposento donde el rey de Aragon, tendido sobre un escaño, se sonreia de una manera cruel.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo? exclamó la reina, precipitándose hácia D. Alfonso.

—Está encerrado en sitio seguro, respondió el Batallador; preveia que me habiais de negar mis derechos de esposo, y que nuestras bodas eran sólo un ardid que vos y los vuestros intentábais, nada más que movidos por el miedo á mis armas victoriosas en todas partes; pero yo os haré ver que nadie se rie impunemente de mí; pensadlo bien toda esta noche:

ó sois para mí lo que tengo derecho á esperar, esto es, mi esposa, ó vuestro hijo permanecerá prisionero.

—Ya está tomada mi resolución, exclamó la reina. No quiero que mi hijo esté privado ni un sólo instante de la libertad por mi causa; que se complete mi desgracia. Soy vuestra esposa y nada puede sustraerme al horror de mi destino; que vea yo á mi hijo libre, y os conduciré yo misma á la cámara nupcial.

El rey tocó un silbato que llevaba pendiente de la cintura, y uno de sus capitanes apareció al momento.

—Abrid el calabozo del infante, dijo.

—¡Cómo! ¡Mi hijo está en un calabozo! exclamó dolorosamente Doña Urraca.

—Si, en uno de los peores y de los que se hallan en los subterráneos del castillo; y en él hubiera muerto á no ser vos razonable. Idos, prosiguió dirigiéndose al que habia recibido la orden anterior.

Este desapareció al instante.

—Vos, señora, cumplidme vuestra palabra, dijo Alfonso dirigiéndose á Doña Urraca.

—Jamás, repuso la reina; jamás os la cumpliré hasta que yo misma ponga á mi hijo en seguridad.

El rey volvió á tocar el silbato y el mismo servidor volvió á aparecer.

—La reina, dijo, quiere ir por sí misma á abrir la prision del infante; acompañadla.

Doña Urraca y el capitán salieron; atravesaron sombrías bóvedas y se hallaron en una más som-

bría y húmeda que las demás donde estaban los calabozos del castillo; asilos indispensables en aquella época, en que sólo se dominaba por el terror.

Nadie puede describir el de Doña Urraca al escuchar los sollozos que salian del más hediondo y horrible; conoció la voz de su hijo, encerrado vivo en aquel sepulcro, y su corazón estuvo á punto de destrozarse de dolor.

—¡Oh, pobre hijo mio, exclamó la reina; y yo que me uní á ese monstruo para librarle y librar á tu hermana de los desmanes de la guerra y para conservar los Estados de tu abuelo! ¡Yo, que cifro toda mi ambicion en tu dicha, te veo aquí preso, ultrajado, tratado como el más miserable de los criminales! ¡Juro á los cielos que jamás el usurpador dispondrá de un puñado de tierra de los reinos que han de ser tuyos, y que ántes la tea funeral de la discordia arderá en ellos!

En tanto que la exasperada reina hacia este juramento tan terrible para la tranquilidad de sus pueblos, el régio niño salió de la prision, se arrojó al cuello de su madre, y prorrumpió en nueva lágrimas de alegría.

Empero bien pronto Doña Urraca sintió que se alojaba el lazo formado por los tiernos abrazos de su hijo; tantas emociones le habian debilitado; al terror de su súbita prision y de su horrible calabozo, habia sucedido con demasiada rapidez la alegría de su libertad, y perdió por completo el sentido.